

De un campanario,
De semillas campestres
Santo *rosario*;

De una gruta en el monte
Plácido asilo;
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares.

Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
¡Allí pasan la vida
Junto á la muerte!

Por los ojos que finge
La calavera
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.

Calavera sombría,
Que en bucles bellos
Adornaron un día
Ricos cabellos;

Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron;

Por esas grieteadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías.

¡¡Qué resta ya del libre
Mágico anhelo,
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo!

¡La huella polvorosa
De un sér extraño,

Adornando la mesa
De un ermitaño!
Aquí en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡¡Muerte!
Y una cruz: ¡¡Vida!!

.....
¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!

ANTONIO F. GRILLO.

UN CASTELLANO LEAL

I.

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pró,
Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.
No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que á su patria vendió.
Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo,
Y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbón,
Llevándole de ventaja
Que nunca jamás manchó

La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»
Así atronaba la calle
Una ya cascada voz
Que de un palacio salía,
Cuya puerta se cerró,
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador
Siendo en su escudo las lises
Más bien que timbre, baldón,
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbón,
El que lidiando en Pavía
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor,
Y que á Toledo ha venido
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

II.

De una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos:
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo,
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del Imperio,
De pie estaba Carlos quinto,

Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.
De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias motas orlado
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos,
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de oro, pendiendo
De una preciosa cadena,
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto.
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero.
Y con la siniestra halaga,
De un mastin muy corpulento,
Blanco y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello
Con el condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;
O del trato que dispone
Con el rey de Francia preso,

O de asuntos de Alemania
Agitada por Lutero,
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos
Y ante al alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luego.
Abrese al fin la mampara,
Y entra el de Borbón soberbio
Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto.
Y con balbuciente lengua,
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente
Un desagravio pidiendo.
Del español condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobación y el contento;
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos
De noble lealtad modelos,
Y con los que el aneho mundo

Será á sus glorias estrecho;
Mucho al de Borbón le debe
Y es fuerza satisfacerlo;
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.
Y llamando un gentil-hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

III.

Sostenido por sus pajes
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar en la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria,
Que veneración de lejos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un colete á la leonesa.
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birretón de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gabán de paño verde
Con alamares de seda.
Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,

Que el Toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera.
Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verlo, las alabardas
Un golpe dan en la tierra,
Golpe de honor, y de aviso
De que en el alcázar entra
Un grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el conde
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara regia.
Pensativo está el monarca,
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.
Mucho al de Borbón le debe,
Aun mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilación no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavia
A un tiempo se lo recuerdan.
En el sillón asentado
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe
Que *comedido se acerca:*
Grave el conde le saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas como grande del reino

Sin descubrir la cabeza,
El Emperador benigno
Que alce del suelo le ordena:
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza,
Y entre severo y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbón aloje
Voluntad suya resuelta.
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:
—«Soy, Señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella;
Pero no toquéis mi honra
Y respetad mi conciencia.
Mi casa Borbón ocupe,
Puesto que es voluntad vuestra;
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca,
Que á mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo solo aliento infesta.
Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»
Dijo el conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse, bajando
A do estaba su litera.

Y á casa de un su pariente
Mandó que le condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

IV

Muy pocos días el duque
Hizo mansión en Toledo,
Del noble conde ocupando
Los honrados aposentos;
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgullosos y satisfechos,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo:
A poco rato torcióse
El humo confuso y denso
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos;
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas.
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio

Presa de las llamas viendo.
El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo: tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aun hoy unos viejos muros,
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

DUQUE DE RIVAS.

CERVANTES

Gloria á Cervantes, loor
al genio que en alto vuelo
mojó en raudales del cielo
la pluma del escritor:
gloria al genio seductor,
que asombra, encanta ó divierte;
lauros al atleta fuerte
que, con sus hercúleos brazos,
arrojó un mundo en pedazos
á las plantas de la muerte.
Él con su genio profundo
y la fe por estandarte,
cual nuevo Colón del arte
buscó por el arte un mundo;
con entusiasmo fecundo
trabajó artista y guerrero;
y al fin consiguió altanero,
con gloria que aturde al hombre,

fijar su potente nombre
junto á Dante y junto á Homero.

El vió otra aurora lucir
por enmedio del nublado,
é hirió de muerte al pasado
presintiendo el porvenir;
dejó en la tierra al morir
su nombre que el mundo aclama;
de su inspiración la llama
que brilla radiante y pura,
y una copa de amargura
tan grande como su fama.

Titán de la inspiración,
con la distancia creciendo,
va un aplauso recibiendo
de cada generación;
y es tan grande la ovación
que da el mundo á su memoria,
que si cantando victoria
se alzase en la tumba fría,
en la tumba se hundiría
bajo el peso de su gloria.

Al escuchar los rumores
que produce su talento,
toma vuelo el pensamiento
para otros mundos mejores;
porque son tan seductores
y es tan pura su belleza,
que cuando á escribir empieza
sobre el mundo su proscenio,
todas las cumbres del genio
se humillan á su grandeza.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

AL SEPULCRO DE NAPOLEÓN

Duerme tu sueño profundo,
Duerme en paz, hombre de gloria,
Ya que no puede en el mundo
Dormir nunca tu memoria.

Coloso de la fortuna,
Fundido para la guerra,
Con la frente allá en la luna,
Y por pedestal la tierra;
Genio y numen verdadero,
Con la máscara mortal,
Con un corazón de acero
Y un pecho de pedernal;
Aguila de torbellino,
Que arrebataste tu vuelo
Para medir el destino
Por los espacios del cielo:

De las sombras la mayor;
Sombra reina de los manes,
Sombra del conquistador,
Por sepulcro no te afañes;
Que abortó naturaleza
Peñasco en el hondo mar,
Lecho para tu cabeza,
Donde puedas descansar.

Que no puede ciertamente,
Mientras que tu fama zumba,
Soportar el continente
Todo el peso de tu tumba.

Emulo de los titanes,
Ebrio de gloria y honor,
Hijo de los huracanes,
Busca á Homero por cantor:

El con su trompa inmortal
Puede ensalzar tus blasones

En la gruta de Fingal,
Cercado de mil tritones;
Y la tempestad bravía
Repita en el hondo mar,
Con horrisona harmonía,
Los ecos de su cantar.

Y cuando el sol tras un monte
Pongo su globo encendido
Que figure el horizonte
Con pincel descolorido,

Varias sombras generosas,
Con su caseo y con su lanza,
Que se agrupan silenciosas
Para escuchar tu alabanza;

Mientras vagan cual perdidas,
Como en fúnebre misterio,
Con las nubes confundidas
Las águilas del imperio;

Duerme en quietud eternal
Sin sepulcro sin celado;
Tu lucillo funeral
Es el pecho del soldado.

¡Duerme!... Necia profusión,
¿Para qué la quieres, di?
Duerme sin más pretensión,
Tu nombre te basta á tí.

Te temieron, te adoraron,
Grande tu destino fué,
Pues los tronos vacilaron
Cuando tú moviste el pie.

Tus fríos restos encierra
Pobre y misero lugar;
Vivo te tembló la tierra,
Muerto te respeta el mar.

Alas mi numen me dió;
Volando á tu tumba vengo;
No seré quien nombre yo

Los laureles de Marengo.
Que tal vez á nuestra gloria
Del sepulcro te alzarías,
Y el acento de victoria
Con amor saludarias.

Dejando este polvo frio
Con la descarnada faz,
Volvieras al poderío,
Y el mundo á perder su paz...

Duerme, pues, hombre temido,
Duerme tu sueño profundo,
Que mientras estás dormido
Puede descansar el mundo.

AROLAS.

EL TABACO

No hay cosa como el tabaco.
¡Oh, bien haya el primer saco
Que allá de región extraña
Tal regalo trajo España!
Con más gozo lo consumo
Que el moscatel y el aloque;
Sea en polvo, ó sea en humo,
Soy tabaquista *in utroque*.
Para abrir el apetito.

¡Vaya un polvito!

Después de apurar el jarro.

¡Venga un cigarro!

Según yo alcanzo y discurro,
El tabaco, como el burro.
Con perdón sea del nombre,
Son los amigos del hombre.
¡Entrele usted á D. Servando
Que tome á pasto el rapé!

Como el triunfo de su bando,
Para él es cosa de fe,
Dirá aunque dé en el garlito,
¡Vaya un polvito!

—
Y para eso de fumar,
Nadie como un militar.
¡Y al tabaco llaman vicio!
El le alienta en el servicio;
Con él corre á la victoria,
Si hay un jefe que le guíe
Por la senda de la gloria,
Y exclama cuando se engríe
Contando el triunfo bizarro,
¡Venga un cigarro!

—
El rapé en dorada caja
Para un ministro es alhaja.
Si el viento sopla feliz,
Sorbe ufana su nariz;
Aunque se duerma en el ocio
El polvo le da opinión;
Con él hace su negocio,
Y si acerba oposición
Le condena á voz en grito,
¡Vaya un polvito!

—
No importa que un general,
Sin dar batalla campal,
Pierda su tropa y su honor...
Como él sea fumador,
Lejos del fiero enemigo,
En segura caravana
Siempre llevará consigo
Ricos puros de la Habana;

Y mientras triunfa el navarro,
¡Venga un cigarro!

—
Y sin el polvo frecuente,
¿Cómo á tanto penitente
Daría audiencia un vicario
En hondo confesonario?
Si del crimen en el lodo
Un pecador le horroriza,
Polvo, y á *Roma por todo*;
Si beata asustadiza
El rostro asoma contrito,
¡Vaya un polvito!

—
Antes renunciará al sol
Que al tabaco un español.
El fomenta su desidia,
Digna por cierto de envidia.
Fuma, se hace el remolón,
Y á todo dice *¿qué importa?*
Y no le falta razón,
Porque la vida es tan corta...
Ruede como quiera el carro,
¡Venga un cigarro!

—
Y ya las hembras también
Toman polvo á *tutiplén*,
Y más de una pesadumbre
Las ahorra esta costumbre.
Así en medio de sus quejas
Contra el hombre y su falsía,
Podrán decir todavía:
«¡El Señor sea bendito!»
¡Vaya un polvito!

—
¿Quién al primero que llega
Un polvo, un cigarro niega?

¡Oh comercio el más social!
¿A quién no haces liberal?
Más de una fortuna loca
Por un polvito comienza.
Y con un puro en la boca,
¿Dónde hay temor y vergüenza?
¡Oh qué placer infinito!

¡Vaya un polvito!

¡Pase la bota!

¡Suene el guitarro!

¡Venga un cigarro!

BRETÓN DE LOS HERREROS.

INMORTALIDAD

Cuando en el éter fulgido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! así girarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fría!...
Entre el orgullo y la flaqueza mía
Con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? irrevocable suerte
También los astros á morir destina
Y verán por la edad su luz nublada.

Mas, superior al tiempo y á la muerte,
Mi alma verá del mundo la ruina
A la futura eternidad ligada.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

EN LA MUERTE DE JESUCRISTO

Torva nube que arroja escarcha fría
Rayos aborta que al mortal espantan;

De las tumbas los muertos se levantan,
Tiembla la tierra y se oscurece el día.

Las crespas ondas de la mar sombría
Cabe las duras rocas se quebrantan;
Ni el río corre, ni las aves cantan,
Ni el sol su luz al universo envía;

Cuando en el monte Gólgota sagrado
Dice el Dios-Hombre con dolor profundo:
«Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandado;»

Y á la rabia de un pueblo furibundo,
Inocente, sangriento y enclavado
Muere en la cruz el Salvador del mundo.

GABRIEL DE LA C. VALDES (PLÁCIDO).

AL PARTIR.

¡Perla del mar! ¡estrella de Occidente!
¿Hermosa Cuba! tu brillante cielo
La noche cubre con opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy á partir!—La chusma diligente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, Edén querido!
Doquier que el hado en su furor me impela,
Tu dulce nombre halagará mi oído.

¡Adiós!... ya cruje la turgente vela,
El ancla se alza, y el buque estremecido
Las olas corta y silencioso vuela!

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

ÚLTIMO CANTO.

Ni temo el odio, ni el desdén me irrita
Ni late el corazón, ni el alma inquieta
Con la imagen de un lauro de poeta,
Goza feliz, ni férvida palpita.

El fuego de la gloria no me agita:
No está mi vida á la ambición sujeta;
Mi más bella ilusión es cruel saeta,
Mi esperanza mejor es flor marchita.

Versos... delirios... lágrimas, anhelo...
Nubes y nieblas son en mar sombrío;
Ni espero bien, ni de mi mal me duelo.

Sus alas pliega el pensamiento mío,
Y fijando los ojos en el cielo,
Tan sólo en Dios y en su bondad confío.

RAFAEL MENDIVE.

LA MADRE AFRICANA.

¿Y así, cruel pirata, así te alejas
Robándome, tirano,

Los hijos y el esposo? ¿así, inhumano,
En desamparo y en dolor me dejas?

¡Ay, vuelve, vuelve! en mi infeliz cabaña,
Sin consuelo y sin vida,

Ve cual me dejas como débil caña
De huracán violento combatida.

Vuelve, entrañas de fiera,
Que por mi mal viniste!

Llévame, vil, y en servidumbre muere
Con mis prendas amadas; más ¡ay triste,
Que no espero ablandar tu pecho duro

Con lamentos prolijos.
Tú no sientes amor, no tienes hijos!!!

¿Y es posible que el sol que entre zafiros
Ostenta esa bandera
Llegue á esta playa por la vez primera
A presenciar tu infamia y mis suspiros?
¡Oh! globo celestial que esplendoroso
Dominas en las cumbres!
¡Oscurece tu luz y el monstruo odioso
Sólo sangriento y con horror alumbres!

—
¡Más ay, qué nueva pena!
Ya descubren mis ojos
La azagaya y el arco que en la arena
Del asalto feroz fueron despojos.
¡Inocente consorte! ¡Tú ignorabas
Que saben esos bravos
Proclamar «Libertad...» y hacer esclavos!

—
De esta suerte la misera africana
Se queja inútilmente
Mientras la nave apresta indiferente
El traficante cruel de carne humana;
Y truena el bronce, y su clamor repite,
Que el clamor la consuela.
Mas el «Aquila» en hombros de Anfitrite
Suelta las alas, y al estruendo vuela.

—Al punto encadenados
Los cautivos se miran
Y al fondo del bajel desesperados
Los lanzan sin piedad; y ellos suspiran
Mientras que la infeliz desde la peña
Se arroja y da un lamento
Que en pos de la alta popa lleva el viento.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

FRAGMENTO

¿Qué nos importa vivir
Si aunque cien años contemos
Se tocan en los extremos
El nacer con el morir?
¿De qué vale un año más
De existencia pasajera
Si es la vida una carrera
Más inquieta que fugaz?
¿De qué sirve que el espacio
Eterno Corras ¡oh sol!
Y tiñas con tu arrebol
Esos techos de topacio?
¿De qué vale que tu luz
Mi vista ansiosa deslumbre
Si al fin es fuerza que alumbre
Un sepulcro y una cruz?
«Porque habremos de llegar
A nuestro término impío,
Como las ondas de un río
A los abismos del mar.»

JUAN ANTONIO MARTÍN.

RIMAS

XLI.

Tú eres el huracán, y yo la alta
Torre que desafía su poder;
¡Tenías que estrellarte ó abatirme!...
¡No pudo ser!
Tú eres el Oceano, y yo la enhiesta
Roca que firme aguarda ~~en~~ vaivén:

¡Tenías que romperme ó arrancarme!...
¡No pudo ser!
Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados
Uno á arrollar, el otro á no ceder;
La senda estrecha, inevitable el choque...
¡No pudo ser!

XLII.

Cuando me lo contaron sentí el frío
De una hoja de acero en las entrañas;
Me apoyé contra el muro, y un instante
La conciencia perdí de donde estaba.
Cayó sobre mi espíritu la noche,
En ira y en piedad se anegó el alma...
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
Y entonces comprendí por qué se mata!
Pasó la nube de dolor... con pena
Logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dió la noticia?... Un fiel amigo...
¡Me hacía un gran favor!... Le dí las gracias.

XLIII.

Dejé la luz á un lado, y en el borde
De la revuelta cama me senté,
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil
Clavada en la pared.
¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme
La embriaguez horrible del dolor,
Espiraba la luz, y en mis balcones
Reía el sol.
Ni sé tampoco en tan terribles horas
En qué pensaba ó qué pasó por mí:
Sólo recuerdo que lloré y maldije,
Y que en aquella noche envejecí.

XLIV.

Como en un libro abierto
Leo de tus pupilas en el fondo;
¿A qué fingir el labio
Risas que se desmienten con los ojos?
¡Llora! no te avergüences
De confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira.
— Ya ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

XLV.

En la clave del arco mal seguro,
Cuyas piedras el tiempo enrojeció,
Obra del cincel rudo, campeaba
El gótico blasón.
Penacho de su yelmo de granito,
La hiedra que colgaba en derredor
Daba sombra al escudo, en que una mano
Tenía un corazón.
A contemplarle en la desierta plaza
Nos paramos los dos:
Y «ese, me dijo, es el cabal emblema
De mi constante amor.»
¡Ay! es verdad lo que me dijo entonces:
Verdad que el corazón
Lo llevará en la mano... en cualquier parte...
Pero en el pecho, no.

ADOLFO BECQUER.

LA MANO DERECHA Y LA IZQUIERDA

Aunque la gente se aturda
Diré, sin citar la fecha,
Lo que la mano derecha
Le dijo un día á la zurda.

Y por si alguno creyó
Que no hay izquierda con labia,
Diré también lo que sabía
La zurda le contestó.

Es, pues, el caso que un día.
Viéndose la mano diestra
En todo lista y maestra,
A la izquierda reprendía.

—«Veo, exclamó con ahinco.
Que nunca vales dos bledos,
Pues teniendo cinco dedos,
Siempre eres torpe en los cinco.

Nunca puedo conseguir
Verte coser ni bordar;
¡Tú una aguja manejar!
Lo mismito que escribir.

Eres lerdá, y no me gruñas,
Pues no puedes, aunque quieras,
Ni manejar las tijeras
Para cortarme las uñas.

Yo en tanto las corto á ti,
Y tú en ello te complaces,
Pues todo lo que no haces
Carga siempre sobre mí.

¿Dirásme, por Belcebú,
En que demonios consista
El que, siendo yo tan lista,
Seas torpe siempre tú?»

—«Mi aptitud, dijo la izquierda,
Siempre á la tuya ha igualado;
Pero á ti te han educado,
Y á mí me han criado lerdá.

¿De qué me sirve tener
Aptitud para mi oficio
Si no tengo el ejercicio
Que la hace desenvolver?»

La izquierda tuvo razón,

Porque, lectores, no es cuento:
¿De qué os servirá el talento,
Si os falta la educación?

MIGUEL A. PRÍNCIPE.

EPÍGRAMAS

Cascando un piñón D. Justo,
Abaro sobresaliente,
Sintió rompersele un diente,
Y se llevó mucho susto.
Pero pronto se rehizo
Y exclamó muy placentero:
—Este no cuesta dinero;
¡Me temí que era el postizo!

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Viendo un entierro, el caribe
De un centinela inexperto,
Dijo á lo lejos:—¿Quién vive?
Y contestaron:—Un muerto.

Mostrando un duro un impío
Avaro, que Dios confunda,
Dijo:—¿Es de Isabel segunda?
Y contestó:—¡No! que es mío.

J. M. VILLERGA.

Á MÉRIDA

¡Cómo en tierra postrada
Sin fuerzas yace quebrantada llora,
Y sola y olvidada
En su tristeza ahora,
La que opulenta fué, grande y señora!

¡Como yace abatida
Emérita infeliz, ya su cabeza
En polvo confundida,
Perdida su belleza,
Perdido el esplendor y la grandeza!
La que fué celebrada
En los cantos sin fin de sus guerreros,
Sólo escucha humillada
De buhos agoreros
Los clamorosos ecos lastimeros
¡Ay Dios, que en torno de ella
Los tristes ojos con dolor vagaron,
Y sólo amarga huella
De los siglos hallaron
Que su brillo y beldad en pos llevaron!
Allí el pasado brío
Restos de gloria en soledad revelan,
Que en ademan sombrío
Entre el escombros velan
Sombras livianas, que á su pie revuelan.
Y el arco majestuoso
De Trajano, en los siglos venerado,
Allí, inmoble coloso,
El cuerpo descarnado
Y la atezada faz levanta airado.
Mas ¡ay! que ni las huellas
De los soberbios templos se salvaron,
Ni cenizas de aquellas
Torres que se ostentaron,
Y á la matrona bella coronaron.
Allá bajo la puente,
De otra edad más feliz reliquia anciana,
Camina lentamente
Por la vereda llana
El perezoso y lánguido Guadiana.
¡«*Emérita*!» murmura
En onda gemidora lamentando